

las señoras de Hausset y de Mirepoix, que cuidaban á su amiga, no les hubiese suplicado que se marchasen inmediatamente, pues el ruido que hacían fatigaba mucho á la marquesa.

Esa manera de despedirlos no era muy de su agrado; no obstante, en vista de la insistencia del doméstico, decidiéronse á salir, no sin protestar contra los pocos miramientos que se tenía para con sus ilustres personas.

Mas apenas franquearon la puerta, cuando, olvidando la herida hecha á su amor propio, volvieron á su sempiterna discusión dirigiéndose invectivas con más ardor que nunca.

XVIII

INESPERADO RESULTADO DE UNA INTERVENCIÓN
CABALLEROSA

Felipe de Lagardère estaba desesperado por lo que ocurría.

En vista de los acontecimientos, la libertad de los dos jóvenes, así como la de ambos prisioneros, estaba aplazada para una semana.

En cuanto á Enrique y Romualdo, su idea de visitar á Sartine, para que las cosas no pasasen á mayores, le tranquilizaba bastante por su suerte, si bien conocía el celo de funcionario cortesano que desplegaba el conde de Alby.

Pero respecto de Blanca y Luisa, era grande su inquietud, y sentía rugir en él sorda cólera al pensar que tenían que permanecer ocho días en el Parque de los Ciervos.

¡ Ah! Á no ser por el escándalo que resultaría indu-

dablemente, no hubiera titubeado un segundo en ir á raptarlas á viva fuerza.

Pero proceder de ese modo era enterar á todo el mundo de tan triste historia. ¿Y quién sabe los comentarios que se harían entonces respecto de su hija y de Luisa?

— No; eso no — se decía; — es mejor esperar.

Bajo el dominio de tan tristes ideas, tomó de nuevo el camino de París y seguía la carretera principal al paso de su caballo, pues no tenía prisa para anunciar á Olimpia el resultado negativo de sus indagaciones, cuando oyó tras sí el ruido de un carruaje que se acercaba á toda velocidad.

Volvióse y vió una carroza sin escudo guiada por un cochero cuya librea carecía también de todo signo distintivo.

Las ventanillas, cerradas hasta sus tres cuartas partes, no permitían que las miradas penetrasen en lo interior.

El vehículo rodaba rápidamente.

Llegó hasta Felipe.

Cuando iba á pasarlo, un brazo blanco y delicado asomó de pronto en el espacio que quedaba vacío bajo la ventanilla, pareciendo querer llamarle la atención.

Al mismo tiempo oyó dos gritos casi simultáneos lanzados por voces femeninas.

— ¡Oh! ¡oh! — pensó, mientras su naturaleza caballerosa se despertaba, — esto parece también un rapto. Sin duda algún capricho, abominable del gran señor. Pero, ¡por vida del! nadie podrá decir que he dejado

consumarse este crimen, si crimen hay, sin haber hecho todo lo posible para impedirlo.

Mientras decía para su capote esas palabras, la carroza había tomado la delantera y ya estaba á unas cincuenta toesas de él.

El precioso bracito que asomaba redoblaba sus movimientos y parecía llamarle desesperadamente.

Picó espuelas y alcanzó en seguida al carruaje.

— ¡Para! — gritó al cochero; — ¡quiero saber quiénes son las personas que ocupan esta carroza y adónde las llevas?

Por toda respuesta, el automedonte dió un fuerte latigazo á sus bestias, las cuales emprendieron vertiginosa carrera.

— ¡Voto á! — exclamó Felipe — ¡contéstame ó verás el castigo que te impongo!

El cochero dejó ver una sonrisa insolente y, siempre mudo, fustigó de nuevo á los caballos.

— ¡Ira de Dios! — juró Felipe, furioso por ver que se burlaba de él el auriga. — ¡Vas á pagármelas, miserable!

Y aprovechando un momento en que la trailla llegaba á su alcance, asíóla bruscamente, la atrajo á sí y haciéndose poseedor del látigo, aplicó una lluvia de latigazos al cochero, que empezó á gritar desesperado y que, para sustraerse á tan vigoroso y merecido correctivo, acabó por saltar del pescante y rodar por el suelo.

Durante ese tiempo, los caballos, en cuyas grupas habían caído varios latigazos, aceleraron aún más su galope y parecían querer desbocarse.

Felipe vió el peligro.

Rápidamente se acercó á la cabeza de los animales, apoderóse de la brida de uno de ellos, cerca del bocado, y, reteniendo su cabalgadura, empujó hacia atrás con todas sus fuerzas.

Poco faltó para que tan audaz acto le hiciera perder los estribos, porque el caballo así sujeto trató al principio de evitar la presión, sacudiendo bruscamente la cabeza; pero el duque tenía manos de hierro y la brida se hallaba tan apretada como en un torno.

Comprendiendo entonces el caballo que todos sus esfuerzos serían vanos, no resistió más la lucha y decidióse á pararse, obligando á su compañero á hacer lo mismo.

Dueño ya del tronco, el duque lo condujo al borde de la carretera, lo ató fuertemente á uno de los árboles que la orillaban y corrió á la portezuela del carruaje, intentando abrir la ventanilla.

Pero esta debía ser de muelle, pues no pudo lograrlo.

Estaba pensando cómo podría presentarse á las personas que ocupaban la carroza, cuando el mismo brazo que había aparecido antes, asomó de nuevo, al mismo tiempo que una voz decía.

— Soy yo, papá, yo, Blanca, que estoy aquí con Luisa... Abre... abre pronto.

— ¡Cómo! — exclamó el duque, loco de alegría y creyendo soñar — ¿estáis aquí vosotras?

— Sí, sí, nosotras.

La dicha que experimentaba Felipe por tan inespe-

rado encuentro, cuando ya no creía ver á su hija hasta después de ocho días fué tan intensa que al principio se quedó como atontado y casi sin fuerzas.

No obstante, sobreponiéndose en seguida, pensó hacer bajar á las jóvenes, pues estaba impaciente por abrazarlas.

Con gran sorpresa notó que las portezuelas no tenían picaporte y que sólo había en agujerito redondo que tenía todo el aspecto del ojo de una cerradura.

— ¿Estáis encerradas con llave? — preguntó á las niñas.

— Sí — contestaron éstas. — El cochero la tiene en el bolsillo.

Felipe buscó con los ojos al auriga.

Lo divisó á lo lejos, ocupado en frotarse alternativamente brazos y piernas, que es de suponer que se resintieran de su contacto con el suelo.

El duque le hizo una seña para que se acercase.

Pero el bribón, que ignoraba sus intenciones y temía sin duda un nuevo castigo, se guardó mucho de obedecer.

Al ver esto, Felipe, desdeñando el correr hacia él, resolvió prescindir de la llave y, armándose de su espada, golpeó con fuerza la portezuela en el sitio del agujerito, para hacer saltar la cerradura.

No tardó en conseguirlo, y abriéndose entonces la portezuela por sí misma, las muchachas saltaron fuera y cayeron en brazos de Felipe.

— ¡Oh! ¡padre, padre! ¡si supieras! — díjole

Blanca, ocultando en el pecho del duque la frente roja de vergüenza.

— Lo sé todo, querida — contestó Felipe. — He llegado á París esta mañana, y en seguida me he enterado de vuestro rapto del convento, y, para libertaros, he ido á Versalles, de donde, no habiendo podido ver al rey ni... á otra persona que disponía de vuestra libertad, volvía yo tristemente cuando la casualidad os ha puesto en mi camino.

— Y nos ha permitido verte á través de la ventanilla — añadió Blanca.

— Lo que ha sido una gran suerte, pues no sospechaba yo que estuviérais ahí. Pero, no hablemos de eso; es un mal sueño que habéis tenido las dos y que hay que olvidar del todo. Por lo tanto, haced como si saliérais de una pesadilla y arrojad de vuestra imaginación todo detalle que os la pueda hacer recordar.

Una vez calmada la emoción de cada cual, Felipe pensó en volver á la capital.

Desgraciadamente, en vista de las circunstancias, el trayecto era difícil de recorrer.

En efecto, no podía llevar á Blanca y á Luisa en la grupa de su caballo.

En cuanto á utilizar la carroza de donde las había sacado, prefiriera hacer diez veces á pie el camino, pues el sospechoso aspecto del carruaje le parecía conservar algo del oprobio afecto al Parque de los Ciervos.

— Pero, en fin, ¿á dónde os llevaban?

— Parece ser que nos conducían al convento de las hermanas Agustinas — dijo Blanca.

— ¿Á Picpus?

— Sí, al menos así nos han dicho.

— ¿Qué quiere decir todo esto? — exclamó el duque; — la verdad, no me lo explico; lo esencial es que estéis conmigo.

Ahora — añadió, — tratemos de buscar un coche.

Como no le era apenas posible separarse de ambas niñas para ir en busca de un carruaje, pensó encargar al cochero ese trabajo.

Con ese objeto hizo otra vez á éste una seña para que se acercase, mostrándole, para tranquilizarle, una bolsa bien provista.

Esto produjo buen resultado.

Ante demostración tan pacífica y generosa no vaciló el automedonte en acercarse.

— Ten — dijole el duque, cuando estuvo bastante cerca — todo el oro es para ti, si corres á buscar una carroza de alquiler á Versalles. Al mismo tiempo, servirá para compensarte de los latigazos que has recibido y que hubieras podido ahorrarte si me hubieses obedecido, es decir, si hubieras parado, en vez de desafiarme fustigando á los caballos.

— Monseñor — replicó el cochero con tono contrito; — tenía orden rigurosa de ir de un tirón al convento de canonesas de Picpus y de no detenerme en parte alguna ni por ninguna razón. Por eso traté de escapar.

— ¿Es verdad que ibas allí?

— Se lo juro, monseñor. Tenía que dejar allí á estas nobles señoritas, y seré castigado severamente por no

haber ejecutado esa orden, aunque no tenga yo la culpa.

— No, no te castigarán; puesto que si ibas á Picpus, era para poner en mis manos á estas dos jóvenes. Al detenerte, no he hecho sino prevenir los deseos de las personas que te enviaban.

El cochero movió incrédulamente la cabeza.

— Me han dicho que las dejase en manos de la superiora del convento.

— Es lo mismo que si estuvieran en sus manos.

Luego, queriendo terminar la conversación, añadió Felipe :

— ¡Ea! ve á buscar una carroza á cualquier parte; aquí esperamos... y date prisa; en cuanto vuelvas, te entregaré esta bolsa.

— ¡Oh! no tardaré, monseñor; estamos á dos pasos de Versalles, y á la entrada del barrio hay una parada de coches.

Y acto seguido, marchóse el cochero corriendo, estimulado por la recompensa prometida.

Al cabo de un cuarto de hora, volvía con un vehículo pasable, en cuyo pescante había á su lado otro cochero, porque él tenía que cuidar de su carroza y no podía ofrecerse para llevarlos.

Sentadas Blanca y Luisa en la nueva carroza, y Felipe á caballo, encamináronse rápidamente á París, galopando el duque al lado de la portezuela, para no perder de vista á las dos niñas, con quienes cambiaba frecuentes y alegres sonrisas.

Poco más de media hora después, la señorita de

Nevers estaba en brazos de su madre, medio loca de alegría, y Luisa en los de Marina que hacía esfuerzos sobrehumanos para dominar sus arrebatos y no revelar á la joven lo que eran una y otra.

XXIX

CÓLERA Y TERROR DEL REY

No turbemos tan tiernas expansiones y volvamos ahora al momento en que, la víspera por la noche, Luis XV, al salir de la lucha que tuvo que sostener en compañía de Ajen con Enrique y Romualdo, entró en el pabelloncito del Parque de los Ciervos.

Así que hubo dado orden de encerrar á los dos jóvenes en la Bastilla, recordó que había ido á la calle de Saint-Médéric á fin de obtener explicaciones acerca de la escena que se había desarrollado en casa de la marquesa de Coislin.

Como Camila era quien mejor podía darle esas explicaciones, mandó que la condujeran á su presencia.

Pero le dijeron que la pobre muchacha acababa de acostarse en estado alarmante.

La emoción que había experimentado en el sarao causóle tal perturbación que, dado su avanzado emba-

razo, resultó en todo su organismo un trastorno que podía originar malas consecuencias.

Á pesar de su egoísmo y su indiferencia acostumbrados, esta noticia produjo al rey viva impresión.

No creía él que la severidad con que trató á la pobre víctima la afectase hasta tal punto, y ahora le pesaba haberse mostrado tan duro para con ella.

Para rescatar su crueldad, trasladóse á su lado, con intención de consolarla con dulces palabras; pero la joven estaba tan abatida de cuerpo y alma que permaneció completamente insensible á cuanto él pudo decirle.

Y hasta parecía no enterarse de la presencia del rey.

Reconociendo entonces la inutilidad de sus esfuerzos, el monarca volvió al pabelloncito en que se habían quedado madama de Pompadour y el duque de Ajen. Estaba muy triste por ver así á Camila.

Pero, con objeto de descargar un poco su conciencia y de que no recayese en él solo la responsabilidad de lo que pudiera sobrevenir, pensaba que nada de eso habría ocurrido de haber vigilado á la joven para que no pudiese evadirse.

— ¡Que llamen á la señora Bertrand! — ordenó en cuanto estuvo con la favorita y el duque. — Queremos que ella nos diga la causa de su negligencia para con su pupila.

Presentóse la Bertrand. La astuta bribona estaba poco tranquila. Ya sospechaba que el rey no la mandaba comparecer para felicitarla.

Interrogada por éste acerca de su poca vigilancia para con Camila, sobre todo después de las órdenes de espiar constantemente sus actos y gestos, órdenes que le habían dado la misma mañana, no supo qué contestar.

No queriendo relatar la agitada conversación que había tenido Blanca con Enrique y Romualdo, como tampoco la escena ocurrida á consecuencia de esto, lo cual hubiera aumentado la cólera del rey, perdióse en explicaciones confusas, habló de las múltiples ocupaciones que le incumbían en el Parque de los Ciervos y, finalmente, no dijo nada que satisficiera al monarca.

— Señora Bertrand — le dijo Luis XV, cuyo mal humor iba creciendo al escuchar la inútil charla de la vieja, — en todo cuanto acabamos de oír no es difícil encontrar motivo suficiente para disculpar la negligencia de usted. En consecuencia, nos vamos á ver forzados á retirarle la dirección del establecimiento.

— ¡Oh! ¡No haga usted eso, señor Kzinski! — exclamó la vieja, asustada por esa determinación, pues aquel puesto la convenía por todos estilos. — No, no me despache de aquí, donde tan buenos servicios le he prestado. Si he faltado á la vigilancia una vez, una sola, no faltaré la segunda, se lo juro. Se me puede perdonar; todo el día he tenido en brazos á la señorita de Nevers y...

Pero se interrumpió súbitamente, mordiéndose la lengua, por habersele escapado involuntariamente el apellido de Blanca.

— ¡Eh! — exclamó Luis XV, frunciendo el entrecejo y olvidándose de Camila. — ¿Qué nombre ha dicho usted?

La Pompadour lanzó una mirada furiosa á la Bertrand. La vieja acababa de cometer una tontería tan grande como la de haber dejado escapar á su primera pupila.

En el estado en que se hallaban las cosas no era aquel el momento de hacer semejante confidencia al soberano.

— ¿Preguntamos de quién habla usted, señora Bertrand? — añadió autoritariamente el rey. — Contesté: ¿á quién ha dado el nombre de Nevers?

« La abadesa del convento de amor » quedóse muda, con los ojos clavados en el suelo. Se veía perdida.

— ¿No quiere contestar? — rugió Luis. — Entonces — añadió dirigiéndose á la favorita, — á usted le dirigimos la pregunta, señora: ¿Quién es esa señorita de Nevers en cuestión!

Cotillón II adoptó la misma actitud que la Bertrand.

También ella veía venir la tempestad y quería tener tiempo de hallar medio de conjurarla.

Ante el mutismo de ambas mujeres, continuó el rey, dirigiéndose de nuevo á la Pompadour:

— ¿No se tratará de la hija del duque de Lagardère Nevers, verdad, señora?

La voz del monarca era lenta y grave; veíase que hacía todo lo posible por parecer tranquilo, aunque era presa de violenta ira.

Temiendo que su prolongado silencio exasperase aún

más al monarca, decidióse la favorita á desafiar la tempestad.

— Sire — dijo en tono acompasado, rebuscando las palabras — debo confesar que... de ella es de quien se trata... pero, permitame explicar cómo...

No pudo continuar. Acababa de levantarse Luis XV con la mirada inflamada, arrugada la frente, olvidándose de que él no había querido saber el apellido de Blanca cuando ésta quería decirselo.

— ¿Qué ha hecho usted, señora? — gritó con voz de trueno. — ¡Se ha atrevido á entregarnos esa niña, la hija de uno de nuestros mejores gentileshombres! ¡Eso es una abominación! señora; lo oye usted! ¡ha cometido usted un crimen horrible... por el que le infligiremos un castigo ejemplar... sí, ejemplar!

— Por favor, Luis, escúcheme... — intentó decir la favorita que, como hábil cómica, consiguió asomar las lágrimas á sus ojos.

— No, señora, no; no la escucharemos. Todo cuanto pueda usted alegar no ha de disculparla... ¡Oh! ¡Una Nevers, en el Parque de los Ciervos!...

— He aquí, que por usted, nos hallamos en bonita situación frente al duque, su padre! ¡situación de que nos es imposible salir sin vergüenza! ¿Qué le contestaremos cuando nos pida cuenta de nuestra conducta con respecto á su hija? — Luego, con inconsciente cinismo, añadió:

— ¿No tenía usted otras mil personas que podemos presentar en vez de ella? ¡Ah! señora, ¡su mala acción pasa de todo límite!

Y excitándose á medida que hablaba, Luis XV continuó llenando á la Pompadour de imprecaciones que iban en aumento. Muy á menudo había tenido que soportar ésta escenas de cólera parecidas, pero nunca tan intensas.

Estaba verdaderamente espantada.

— ¡Sire! ¡Sire! — exclamó un instante en que el rey tomaba aliento; — he hecho mal, lo reconozco... perdóneme... todavía puede el daño repararse.

— ¡Repararse! — gritó con sorna, el monarca; — ¿quiere usted tomarnos el pelo?... No, señora; el daño no puede repararse, en vista de que la estancia de la señorita de Nevers en esta casa, infamada por todos nuestros súbditos, puede ser para ella y sus padres causa de grandes desdichas. El único modo de atenuar en parte su inconsciente infamia — pues seguramente perdió usted el juicio — es mandar conducir inmediatamente á esa niña al lugar de donde la han sacado, lo que exigimos que se efectúe inmediatamente.

— Así se hará — repuso la favorita, llorando ahora de veras.

— En cuanto á usted, señora — exclamó Luis XV, plantándose erguido ante la que manejaba el reino á su capricho, — no queremos verla más... no queremos que vuelva usted á presentarse en ninguna parte donde estemos. Ya no es usted nada. Vamos á asignarle una residencia alejada en donde se retirará y permanecerá hasta el fin de sus días.

— ¡Oh! ¡sire! — gimió la Pompadour, — ¿merezco tanto su resentimiento?

— ¡Vaya una pregunta! Su acción es sublevadora y no merece perdón alguno. Y hasta debería usted considerarse muy feliz con que nos limitemos á echarla de nuestra presencia.

— ¡Luis!... ¡Luis! — imploró la pobre Cotillón II que se negaba á creer en tanto rigor. — ¡Por favor, tenga piedad! Fijese en la existencia á que me condena en lo sucesivo... es una muerte anticipada... ¿Qué va á ser de mí, lejos de usted?

— Lo que usted quiera — repuso él, implacable; — eso nos es indiferente. Por lo tanto, señora, mañana recibirá nuestras órdenes y saldrá de París... ¡Dios la proteja!...

Y haciendo hacia su querida un ademán cual si quisiera alejarla de él en seguida, salió precipitadamente, seguido del duque de Ayen, que fué personaje mudo de toda la escena; luego, en vez de volver á Trianon, mandó que le condujeran directamente al castillo.

Una vez á solas, la marquesa de Pompadour cayó anquilada en una silla. Estaba tan agobiada que ni siquiera pensó en desahogar su cólera con la Bertrand, la cual, aprovechando aquel abatimiento, retiróse prudentemente. Cuando las señoras de Hausset y Mirepoix, que hasta entonces se habían quedado con Camila para cuidarla, fueron á ver á la marquesa, halláronla en completa postración, y con infinitos esfuerzos consiguieron que les enterase de lo ocurrido entre ella y el rey.

Ambas procuraron entonces consolarla.

— ¡Bah! — dijo la de Mirepoix — es usted dema-

siado buena, querida, en torturarse por tan poca cosa. Sin embargo, demasiado conoce á Luis. Por nada se enfada; pero, una vez pasada la rabia, no se acuerda ya de lo que ha dicho.

— Sí... lo sé — contestó con voz débil la Pompadour; — pero hoy no estaba como otras veces... ¡Oh! no, he visto que estaba muy ofendido y que su decisión para conmigo era irrevocable.

— Vamos, amiga mía — añadió por su parte la de Hausset, — recuerde que varias veces le ha hecho análogas amenazas, y que nunca las ha ejecutado. Enfadado sin duda por el incidente del baile, por la agresión de hace un rato, y también por ver á Camila enferma, no esperaba más que una ocasión para arrojar su bilis, y usted es quien se la ha proporcionado.

No parecía la favorita ver la cosa bajo tan anodino aspecto.

— No sé por qué — dijo; — pero una voz secreta me dice que todo ha acabado entre Luis y yo.

— Voz engañadora, querida. Deje usted que pase esta noche, y mañana todo se habrá olvidado ya. Ahora, si quiere hacernos caso, venga á descansar. Es tarde, y, después de las fatigas de la noche, debe usted de necesitar dormir.

— Es que he prometido al rey mandar en seguida á la señorita de Nevers al convento de Piepus... Por lo menos, quisiera dar órdenes para que la lleven.

— ¿Tiene usted realmente esa intención?

— ¡Oh! ¡sí, sí! es la única probabilidad de que Luis me perdone; y aprovecharé esa circunstancia para

desembarazarme de su amiga, la criatura de la Coislin. ¡Sólo faltaría que se quedase aquí, cuando la de Nevers se marche!

— Tiene usted razón. Si una se va, debe también irse la otra. De todos modos, su partida puede aplazarse hasta mañana por la mañana. Ahora es demasiado tarde para enviarlas al convento. Al llegar á Trianón, encargaremos á Lebel que haga todo lo necesario para ello, y, al despertarse, saldrán del Parque de los Ciervos.

— ¿Me lo aseguran ustedes?

— Absolutamente, querida... ¡Ah! ¡si hubiera usted escuchado nuestros consejos! ¡Ya preveíamos, debe usted de acordarse, peligrosas complicaciones, con una muchacha de esa alcurnia!

Madama de Pompadour se dejó llevar por las dos señoras, que la acompañaron á su casa y la hicieron acostarse, á fin de que en el sueño hallara olvido á sus penas. Desgraciadamente, la cólera del rey iba á tener para ella consecuencias tan funestas como para Camila, y aun más, como se verá.

Tras una noche de insomnio, por la mañana fué presa de tan fuerte fiebre, que sus amigas, que la habían velado alternativamente, tuvieron que avisar á escape á un médico.

Á eso se debía la visita de César Cabalus y de Ángel Raphaëli.

En efecto, el criado encargado del recado, pensando que dos médicos valían más que uno solo, corrió directamente á casa de ambos, que vivían en Versailles uno

al lado de otro, y los envió á Trianón, adonde llegaron casi al mismo tiempo.

Pero, apenas vieron á la marquesa, empezaron á pelearse con tanto encarnizamiento acerca de los síntomas diferentes que aseguraban descubrir en el « caso » sometido á su examen, que las señoras de Hausset y Mirepoix les invitaron á ir al cuarto contiguo para ponerse de acuerdo, en donde Felipe los había encontrado — y, entretanto, mandaron avisar á Francisco Quesnay, pues sabían que estaba en el castillo. Lo demás, ya lo conocemos.

Poco antes de ocurrir esto en casa de la Pompadour, Luis XV, que también había pasado una noche agitada pensando en todos los acontecimientos en que había tomado parte la víspera, y se preguntaba especialmente cómo iba á disculpar ante el duque la acción de su amante, pues si bien llegó á figurarse que Blanca era persona distinguida, nunca pudo sospechar que fuese hija de Felipe, á quien estimaba profundamente, — Luis XV, decimos, en el momento en que, cansado de dar vueltas en la cama, se disponía á que lo vistiesen, recibió una misiva que acababa de llevar un diácono, de parte del arzobispo de París.

— ¿Qué diablos querrá monseñor de Beaumont? — murmuró levantando el sello episcopal que cerraba la misiva, seguro de que no le dirigiría elogios el prelado, pues sólo solía escribirle para reprocharle sus desórdenes.

Pronto supo á qué atenerse.

Como suponía, era una mercurial más del arzo-

bispo, que excedía en virulencia á todas las anteriores.

Á las primeras líneas hizo ya una mueca horrorosa.

Hasta entonces, nunca, el señor de Beaumont, que, sin embargo, no se mordía la lengua otras veces, nunca había empleado frases tan enérgicas para censurar el desarreglo de sus costumbres.

Y todavía aumentaban, al llegar al corazón de la epístola.

Tras una larga enumeración de sus faltas contra las cuales protestaba con vehemencia, el arzobispo proseguía así :

« ... En fin, la señora superiora de las canonesas agustinas de Picpus y una santa mujer llamada sor Verónica, que forma parte de la Congregación, acaban de comunicarme que Vuestra Majestad, para coronar dignamente su vida de libertinaje y colmar la medida ya tan llena de ignominias, ha hecho violar su convento y sustraer de sus bóvedas sagradas á dos jóvenes que allí se cobijaban, y que ha secuestrado á éstas en un lugar innombrable, para que sirvan á sus vergonzosos placeres!... »

— Pero, ¡ si no he sido yo!... ¡ no he sido yo!... — exclamó Luis XV en voz alta, como si estuviera en presencia de su acusador. — La marquesa... ella sola, es quien lo ha hecho todo... Además, solamente hay una, y no dos. ¿ De qué otra hablará ?

Sabemos, en efecto, que el rey ignoraba el rapto de Luisa, y que ésta hubiese acompañado á Blanca.

Continuó la lectura.

« Ese crimen, sire, sobrepasa en horror á todos los otros, porque, al cometerlo, ha ofendido usted á Dios Nuestro Señor en su propia morada.

« Espere, pues, ver, antes de mucho, su mano vengadora abatirse contra usted y hacerle expiar cruelmente tan horrible sacrilegio.

« De todos modos, Sire, hay un medio de rescatarse á sus ojos, si no enteramente, á lo menos en parte : y es enviar en seguida á sus víctimas al lugar de donde las arrancaron á viva fuerza. Eso lo tendrá siempre en cuenta el Rey de los reyes y quizás pueda atenuar su justísimo enojo... »

— ¡ Ah! ¿ Luego decididamente hay dos? — pensó el monarca. — No lo comprendo... Sin embargo, yo no he visto más que á la señorita de Nevers, quien, á estas horas, debe de haber vuelto ya al convento, á menos que hayan retrasado hasta esta mañana su salida de la calle de Saint-Médéric, lo que es muy posible.

Que venga Lebel — ordenó, y, aparte, anadió :

— Él debe de saberlo todo.

Luego, terminó la lectura :

« ... Si se niega usted á esta reparación, sire; si, poseído del demonio, se obstina en retener á esas desdichadas en el antro infame en que están encerradas por orden suya, entonces, no habrá castigo bastante grande para usted.

« Yo el primero, obedeciendo á los preceptos del soberano Maestro, cuyo indigno siervo soy, antes que súbdito de usted, llamaré sobre su cabeza toda la

cólera de la Iglesia, solicitaré de Nuestro Santo Padre el Papa la excomuni6n mayor, que convertirá á usted en réprobo y maldito; en fin, me colocaré sin cesar delante de usted para señalarle con el dedo, como se señala á un pestífero, y alejar de usted á todos cuantos quieran acercársele, por miedo á que su contacto les contamine para siempre jamás!...

Que Vuestra Majestad reflexione sanamente. ¡Por una parte está la redenci6n; por otra, la perdi6n eterna!

« Vale.

« CRISTÓBAL DE BEAUMONT,

« *Arzobispo de Paris.* »

En nuestros días, el tono de esa carta hubiera hecho reir seguramente. Pero nos hallamos á mediados del siglo XVIII, y el clero era entonces bastante poderoso para hacer con fruto tan grandes amenazas.

Por eso quedó profundamente emocionado Luis XV.

Porque, como ya hemos dicho, aparte de sus desórdenes, era devoto y temía mucho « la cólera de la Iglesia », para emplear la expresi6n del prelado. Mientras le acogía aún la emoci6n de las últimas líneas de la misiva, si bien se creía « rescatado en parte », por la orden dada á la favorita de enviar á Blanca al convento, present6se Lebel.

Acababa de llegar al castillo, después de haber preparado la salida de Blanca y Luisa para Picpus, según las instrucciones que le habían dado las señoras de Hausset y Mirepoix.

Preguntándole el rey cómo le hablaban de dos jóvenes, cuando él sólo sabía que le hubieran llevado una á la calle de Saint-Médéric, Lebel le explicó la forma en que la señorita de Moutier se había encontrado con ella, añadiendo que, por otra parte, saldrían las dos dentro de media hora, del Parque de los Ciervos.

— Bien, muy bien — aprobó el soberano, — así estaremos en regla. ¿De modo que la señora de Coislin es quien mandó que raptasen á la señorita de Moutier?

— Sí, Sire.

— ¿Con qué objeto?

— No lo sé.

— Se lo preguntaremos.

— Le será imposible á Vuestra Majestad.

— ¿Por qué?

— Porque ha muerto.

— ¡Eh! ¿Ha muerto la señora de Coislin?

— Sí, sire. Acaban de traer la noticia á Versalles. La han encontrado esta mañana en su cuarto, tendida en su sofá, con el cráneo abierto. Se cree un accidente. Una ventana de su oratorio, situado en el segundo piso, estaba en reparaciones, y se supone que ella se habrá caído por descuido.

— ¿No dice usted que la han encontrado en su cuarto?

— Es probable que, no habiendo muerto instantáneamente, haya tenido fuerzas para ir á morir á su habitaci6n.

El rey estaba dolorosamente impresionado.

Después, al pensar que aquella mujer hermosa, á quien tan brillante había visto la víspera, no era ya más que un cadáver, experimentaba un algo así como terror supersticioso.

¿No sería un castigo de Dios, por haber raptado á la amiga de Blanca, de Picpus?

Y de ser así, ¿iría también la favorita á sufrir los efectos de la cólera celeste?, porque su crimen era absolutamente el mismo que el de la castellana de Chevreloup.

— ¿Está en Trianón madame de Pompadour? — preguntó, no sin cierto temor, cual si temiera que hubiese sufrido ya la ira divina.

— Sí, Sire; pero está muy enferma, según dicen.

— ¿Muy enferma? ¡Pero si ayer estaba admirablemente!

— Parece ser que ha enfermado hace apenas una hora... Acaban de avisar á un médico.

— ¿Pero estará en peligro?

— No quisiera alarmar á Vuestra Majestad, no obstante, no puedo ocultarle que la marquesa inspira serio cuidado.

Ahora ya no dudaba Luis XV que en todas esas cosas parecía la justicia del Maestro... que atacaba casi al mismo tiempo á las dos principales culpables.

¿Le llegaría también á él el turno?

Entonces, con la imaginación llena aún de los reproches de Monseñor de Beaumont, y temiendo que Dios no le perdonase, resolvió, á fin de desarmarle, imponerse rigurosa penitencia.

— Lebel — dijo á su ayuda de cámara, — vaya en nuestro nombre á suplicar á Su Majestad la reina que se sirva cedernos parte de sus habitaciones. Nuestra voluntad es retirarnos á su lado una semana.

Á eso llamaba él « imponerse rigurosa penitencia ».

En realidad, la penitencia era para la pobre María Leczinska, que, durante todo el tiempo que duraba el acceso de arrepentimiento de su esposo, estaba obligada á oír, en forma de confesión, las poco edificantes historias que él le contaba.

Pero era tan buena que se resignaba á gusto á tan desagradable tortura, y hasta se alegraba sufrirla, puesto que le proporcionaba su presencia.

Una vez acabado de vestir, Luis XV se trasladó al cuarto de la reina, después de prohibir, como de costumbre, que fueran á molestarle, bajo ningún pretexto.

Y esa es la razón que impidió al duque de Nevers solicitar del rey la gracia de su hijo y de Dizons.

Ahora vamos á ver de qué modo soportaban su cautividad los dos fogosos jóvenes (1).

FIN DE PARQUE DE LOS CIERVOS

(1) El episodio que continúa y termina esta novela se titula: *La Reina Cotillón*.

ÍNDICE

I. Blanca y Luisa	1
II. Los emisarios de las dos marquesas	14
III. Doble rapto	37
IV. El sobrino del tío Tanguy	49
V. La plaza de Luis XV.	69
VI. El minotauro real.	76
VII. Los malos espíritus se encuentran.	85
VIII. Dos corazones valientes.	96
IX. Leona enjaulada.	114
X. Preparativos de lucha	127
XI. En donde el supuesto príncipe polaco se va por la tangente.	135 417
XII. Avenencia	438
XIII. Sorpresa de Zeno	471
XIV. Explicaciones singulares.	483
XV. La hostería de la <i>Campana Rajada</i>	496
XVI. Batalla.	209
XVII. Lo que se oye bajo la hiedra.	231
XVIII. Inteligencia imposible.	248
XIX. El alfiler de Venecia.	262
XX. Salida para el baile	275
XXI. ¡Fuera caretas!	293
XXII. Lesa majestad.	293
XXIII. En donde la vista de un espectro vivo ocasiona una muerte	311 311
XXIV. En donde al fin reaparecen Felipe de Lagardère, Cocardasse y Passepoil.	331 331
XXV. Los informes del barón de Posen	345
XXVI. Lo que era Romualdo	361
XXVII. Resultado de los pasos del duque.	372
XXVIII. Resultado inesperado de una intervención caballe- rosa.	391 391
XXIX. Cólera y terror del rey.	400

